



CANNAS

(LA BATALLA PERFECTA)

por JOAQUÍN DE SOTTO Y MONTES
Coronel de Caballería, del Servicio de Estado Mayor

«¿Y quién es tan indolente e inútil como para querer ignorar mediante qué providencia y mediante qué política los romanos... tuvieron éxito en sojuzgar a casi todo el mundo habitado a su gobierno único... una hazaña no repetida en la Historia?».—POLIBIO.

I.—CONSIDERACIONES GENERALES

El General alemán Hellmuth von Molke ha escrito que el Arte de la Guerra no es más que un sistema de soluciones y, por tanto, que todo estrategia debe poseer una imagen clara de las posibilidades que en cada campaña pueden presentarse; y afirma después que tan sólo profundizando en la Historia Militar, es posible encontrar dichas soluciones y la posibilidad de aplicarlas.

Si alguna de las batallas de la antigüedad es digna de estudio, no sólo por la gran disparidad entre los resultados tácticos y estratégicos, sino, también, porque su idea rectora sigue imperecedera y constituyendo verdadero modelo de dirección y ejecución táctica, ésta es, sin duda, la de Cannas, que tan brillante éxito dió al campo cartaginés y que, sin embargo, causó la ruina de Aníbal y después la de Cartago, por no haber sido explotada estratégicamente (*).

El gran plan de Aníbal de destrozarse el Imperio Romano, para

(*) Parece oportuno recordar aquí que el famoso mariscal y escritor militar alemán Conde de Schlieffen publicó sobre esta batalla un acabado estudio crítico, en el que se basó el plan que trazara en 1905 para la invasión de Francia (N. de la R.).

demostrar al «Mundo Mediterráneo» de aquella época, cómo era posible vencer a la «idea del Poder» que Roma representaba por medio del «poder de la idea», detentado por Cartago, no llegó a realizarse; pero sí, en cambio, enriqueció a la Historia Militar con una de las más geniales y perfectas maniobras tácticas que los tiempos han conocido.

II.—ANTECEDENTES GEOPOLITICOS

A.—EL «OIKOUMENE»

El Mundo Mediterráneo, quinientos años antes de Jesucristo, constituía de hecho un ámbito vital cerrado, en el cual, los pueblos y las naciones reaccionaban entre sí, ya pacífica o belicosamente, según sus conveniencias sociales, posibilidades económicas y, también, con arreglo a lo que les dictaba sus temperamentos y aspiraciones; eternas circunstancias que desde siempre vienen rigiendo y definen la Historia de la Humanidad. Puede afirmarse, pues, que ya entonces, en aquella alejada época, existía, al igual que ahora ocurre, un determinado equilibrio político, económico y social, en virtud del cual todas las nacionalidades asomadas al Mediterráneo se mostraban autosuficientes por contar con aquellos elementos necesarios e indispensables para cubrir su vida material y gozar, al mismo tiempo, de conciencia humana de sus posibilidades.

Del concepto de un ámbito vital de tal naturaleza aislado en el tiempo y en el espacio, es posible obtener hoy ciertas lecciones aplicables y perfectamente vigentes a nuestra desasosegada época, en la que por el momento, todo el globo terrestre constituye espacio vital en donde las gentes se entremezclan y actúan recíprocamente. Tal estimación, posiblemente habrá de ser revisada en un plazo tal vez no lejano, para ampliar el concepto a otros lugares del Universo.

La idea o significado de espacio vital ha tomado tales proporciones que, verdaderamente, se va haciendo necesario crear una voz o expresión que lo defina en su verdadera magnitud. La antigua Grecia utilizaba la palabra *oikoumene*, que significaba la totalidad de los territorios entonces conocidos que estaban habitados por el hombre civilizado. Más tarde, la citada interpretación fué ampliada al extenderla a la totalidad de las zonas alcanzadas o bajo influen-

cia de la civilización griega, por lo que implícitamente quedaban incluidos los dos extremos del Mediterráneo, esto es, las tierras habitadas por los «bárbaros», entre las cuales se encontraba la Península Ibérica.

Probablemente la expresión castellana más adecuada para definir la idea de ámbito vital, pudiera ser la de *ecúmene*, de ecuménico, es decir, universal.

B.—EL AISLAMIENTO MEDITERRÁNEO

En los lejanos días de los cantos homéricos, el hasta entonces compartimiento estanco constituido por el ecúmene del Mundo Mediterráneo, ya fue violado por sucesivas invasiones de intrépidos bárbaros, llamados *aqueos* y *dorios*, quienes, procedentes de alguna lejana zona nórdica, irrumpieron en Asia Menor y en la Península Helénica, conquistando y destruyendo a la civilización *micénica* que allí encontraron, hasta convertirla en un verdadero mito. Tal aguerrido pueblo, dotado de un sutil sentido de la importancia individual y de la libertad personal, sentó sobre las zonas adquiridas las bases de la Edad Dorada de Grecia.

Más tarde, y después de transcurrido más de un milenio, otra invasión de nómadas migratorios irrumpió en Italia, saqueando concienzudamente a la entonces juvenil y débil ciudad de Roma. Esto ocurría unos 170 años antes de la batalla de Cannas, por lo que es posible pensar que para el pueblo de la joven y ya vigorosa República Romana, dominadora de Italia y conquistadora de Sicilia en su primer encuentro con Cartago, los anteriores antecedentes debieron ser un tanto difusos. Es más, las gentes de aquella época no podrían haber previsto, razonablemente, el que las dos citadas migraciones principales, originadas por el exceso de población y escasez de alimentos en el interior de Asia, se repitieran con igual tamaño e intensidad una y otra vez durante un milenio, hasta que al extenderse el *ecúmene* del Mediterráneo a abarcar la Europa Septentrional y Oriental, terminaría por derrocar a la misma Roma Imperial.

Desde los primeros albores de la Historia, y ello continúa vigente en nuestros días, dentro de los confines del *ecúmene*, las naciones e ideologías desarrolladas en el aislamiento se relacionan entre sí cuando las rutas comerciales y las comunicaciones se unen, y, naturalmente, por ley de existencia reaccionan violentamente ante

cualquier eventual intromisión. La solución temporal, ya que nunca definitiva, se obtuvo entonces y se sigue acreditando ahora por la Ley del poderoso. Después de Cannas, el mundo de aquella época se rigió por la Pax Romana. Más adelante, y previo a un sometimiento al musulmán, que duró varios siglos, la eterna España Inmortal gobernó a gran parte de la Humanidad, propagando y extendiendo su cultura a través de los mares y, sobre todo, sembrando la fe en Cristo entre las gentes de varios continentes. Seguidamente y en amplios intervalos de tiempo, otros pueblos más fuertes y mejor dotados materialmente han venido asumiendo la misión rectora. En la actualidad tal hegemonía directora se la vienen disputando dos grandes bloques de pueblos, con ideologías tan dispares, que es difícil pensar que en plazo breve se presente ante la Humanidad del siglo xx la coyuntura favorable para hermanar o al menos hacer compatible la humildad del Crucificado y sus sabias y eternas razones con la soberbia del materialismo ateo y la disolvente doctrina del comunismo internacional.

III.—ANÁLISIS POLÍTICO-MILITAR DE LOS DOS BANDOS DE CANNAS

R O M A

A. *Aspecto militar.*

Mucho antes del surgimiento de Roma en el Mediterráneo, ya vivían en sus ubérrimas costas otros pueblos que habían intentado, aunque sin gran fortuna, el dominio de tal rica zona. En todos los casos el motivo del fracaso de dichas aspiraciones, siempre fué debido a que ninguno de los aspirantes a regir los destinos de aquel mundo disponía de las virtudes y factores materiales que más tarde Roma pudo ofrecer a la humanidad, todos ellos fundamentados en el genio militar y una bien organizada y depurada administración pública.

Los romanos, antes de ser nación, fueron ejército, dice Villamartin en su tratado de Arte Militar. El millar de aventureros que al mando de un hombre de genio establecen un campamento fijo en el corazón de Italia, al poco tiempo lo convierten, por el tesón del trabajo y sentido de la organización, en una ciudad, que se apresura

a crecer y ensancharse tomando de los pueblos vecinos la vida que a ella le faltaba.

Hijos de la guerra, sólo la guerra podía darles patria y familia, y, precisados a combatir para tener lo uno y lo otro, fueron, desde un principio, para los pacíficos pueblos de Italia unos incómodos huéspedes, con los que no había medio de transigir sino cediendo a todas sus exigencias o apelando a la razón del más fuerte.

No es de extrañar, pues, que la organización inicial de los romanos fuera exclusivamente militar, dividiéndose en fracciones de diez, de cien y de mil, cada una con su jefe respectivo, y cuyo único fin era el combate.

Ahora bien, tales circunstancias sólo aparecen en su inicial constitución; ya que su difícil establecimiento entre otros pueblos si no más sabios sí más formados, pronto obligó a los romanos a emparejar la astucia política con el empleo de la fuerza, dando como resultado feliz para la posterior creación de su Imperio, el hacer del pueblo romano una organización política muy hábil y, desde luego, temida en la guerra; tanto más temible cuanto que sus gobernantes y caudillos mantenían el convencimiento de que su independencia tan sólo estaba segura empleando la energía, y que ceder ante sus rivales equivalía a morir. De aquí que jamás suscribieran una paz sin previamente haber obtenido la victoria militar.

Este pueblo virgen de historia y de tradiciones que respetar, tuvo que imitar o coger de otros los elementos necesarios para su constitución como Estado. La Patria, el Culto, la Familia, las Armas, las Ciencias, las Artes, la Política, etc., no eran suyas; todo fue importado, aunque más tarde y superada tan difícil infancia, supo modificarlas con tal acierto, que mereció justamente el brillo y esplendor que después había de ostentar el Imperio Romano.

Es posible que una de las mayores virtudes militares de los romanos, entre las muchas que la Historia les reconoce, fuera la de no desdeñar, aprender y copiar la ciencia militar de otros pueblos, incluso de los que vencieron. Así captaron de los griegos el Arte de la guerra, o por mejor decir los griegos les inspiraron la idea de crear dicho Arte; de los cartagineses aprendieron sus esencias náuticas; de Pirro, rey de Egipto, la castramentación y la fortificación; de Aníbal Barca la estrategia; de los númidas, la caballería; de los catafractas, la lanza, y la espada, de los españoles.

B. La Legión romana.

La Legión romana, que demostró ser superior en todos sus aspectos a todas las organizaciones militares que hasta entonces se habían ideado, no orientaba su fuerza tan sólo hacia fines puramente tácticos sino, que, tanto sus mandos como los gobernantes de la época, fundamentaban sus acciones sobre amplios conceptos estratégicos.

Hereditaria en la obligación del servicio militar, severa aunque justa en su disciplina, eficiente y guerrera, la Legión romana mantenía una constante y total devoción por el Estado. Administrada juiciosamente y apoyada por una admirable e idónea doctrina logística, tal organización castrense pudo, generación tras generación, pasear por todo el mundo de entonces los estandartes de sus legiones siempre respetadas y temidas.

Roma no llamaba a su defensa sino a la flor de los ciudadanos. Reunido el pueblo en el Capitolio, los tribunos por turno, elegían hombre a hombre en cada tribu, entre los diecisiete a cuarenta y cinco años y que poseyeran una propiedad de determinado valor material. Tan guerreros como ciudadanos, la guerra era para los romanos, no un oficio, sino un cargo municipal; y ni las recompensas podían ser lucrativas, ni los sueldos otra cosa que una indemnización que, generalmente, no se dio hasta que las necesidades de las campañas hizo necesario para obtener efectivos, alistar a los proletarios, libertos, e incluso a los esclavos.

Sobrios y de costumbres austeras, tanto como más tarde fueron muelles y regaladas, eran los romanos ricos en su pobreza; su lujo —según Villamartín— consistía en la gloria; contrastaba la sencillez de sus embajadores y cónsules, con el fausto de los magnates de las naciones vencidas.

A la Legión romana no se la puede definir exactamente como un Ejército más o menos eficaz, sino mejor como una Institución totalmente acabada y perfeccionada, precisamente en una época en que las fuerzas armadas de los países mediterráneos —salvo algunas excepciones— tenían más de horda asalariada que de organización militar.

Orgánicamente considerada, la Legión romana constaba de seiscientos *triarios*, tropa veterana y escogida por su acreditado valor en otras campañas; mil doscientos *principes*, gente robusta y vigo-

rosa, y mil doscientos *astarios*, que eran la última tropa de línea. Completaba la Legión una tercera parte, aproximadamente, de *velites*, gente bisoña y joven, armados a la ligera.

Las armas defensivas de los legionarios consistían en un gran escudo de madera forrado de cuero reforzado con aros de metal; un peto de bronce; casco, y un botín de hierro para defender la pierna derecha, que era la que avanzaba en la esgrima. Como armas ofensivas el romano utilizaba la espada, la pica corta que empuñaban los principes y triarios, la lanza que usaban los astarios, y las jabalinas de los velites.

La Caballería romana, bastante deficiente por cierto, ya que su reclutamiento se realizaba con el desecho de la Infantería, en el transcurso del tiempo y, sobre todo, después de la lección de Cannas, fue aumentando de vigor hasta conseguir llegar a ser el Arma sobresaliente de la Organización militar. Se hizo una institución social aristocrática, llegando a ser el título de caballero superior al de ciudadano. Tales jinetes llevaban un anillo en la mano como distinción.

Las unidades tácticas de la Legión romana, fueron:

Infantería: el *manípulo*, que si era de *astarios* o de *principes*, se componía de ciento veinte hombres formados en diez filas; y si de *triarios*, de sesenta, también articulados en diez filas.

Caballería: *la turma*, formada por treinta y dos jinetes en cuatro filas.

C. *El ejército consular de Roma.*

Constituía norma general, al menos, en la época de Cannas y anteriores —en época de Mario, ya iniciada la decadencia de Roma, se constituyó la *Cohorte* a base de tres manípulos—, que el Ejército se articulase en cuatro legiones: las dos del centro, romanas y, las de los flancos, aliadas. Cada Legión estaba dotada de unos trescientos caballos, de modo que toda la Caballería constaba de treinta y dos turmas, que se dividían en dos *alas* de diez y seis, mandados por un Prefecto. En resumen, un Ejército consular, en la época del dictador Quinto Fabio Máximo (216 antes de la Era Cristiana), venía a constar de 1.200 caballos y 12.000 infantes de línea, además de los *velites*, que no tenían organización fija y que eran agregados a los manípulos de línea, según las conveniencias de cada caso.

D. *Táctica.*

La Legión romana normalmente iniciaba la batalla utilizando sus tropas ligeras: los velites, que actuando en misión similar a las de reconocimiento próximo o de combate, avanzaban hacia el campo enemigo en formación abierta, que más bien parecía una desbandada, hasta tomar contacto; empeñada la lucha, los velites se guarecían en los intervalos de los manípulos y si podían, empleando sus jabalinas, seguían hostigando al enemigo. A las fuerzas de choque, los astarios, correspondía entonces llevar a cabo la acción principal, utilizando para ello, además de su experiencia y veteranía, sus lanzas y espadas. Si eran rechazados entraban en línea los principes, cuya potencia de combate generalmente aseguraba el éxito. Cuando tal cosa no ocurría, se imponía el repliegue al amparo de las formaciones de triarios, que rodilla en tierra y cubiertos con sus escudos, se oponían a cualquier penetración adversaria.

La explotación del éxito y subsiguiente persecución en caso de victoria correspondía a la turmas de Caballería, llevando cada jinete a un velite sobre la grupa de su montura. Otras veces tal caballería decidía el combate por medio de cargas.

E. *Aspecto político.*

El ciudadano romano tenía entonces, al igual que ocurrió más tarde a los herederos de su grandeza, un elevado sentido del deber, fomentado constantemente desde la infancia por las tradiciones nacionales; de aquí, su posibilidad de ofrecer al Mundo Mediterráneo durante varias centurias, una pléyade muy numerosa de brillantes guerreros y excelentes funcionarios civiles, encargados de la administración y de hacer justicia a las gentes del mundo conocido. Cuando, siglos después, la República Romana perdiendo su Imperio, derrumbó la virtud romana, olvidó sus tradiciones y se presentó ante el Mundo volcada en un cenagal de corrupciones, venalidades y oportunismos; el desgobierno de los no preparados que desconocían las severas disciplinas y la inmensa energía moral que se requería para mantener las riendas del Estado, cayendo en el abismo de la ruina, tuvo que entregar la dirección de los pueblos a otras naciones más virtuosas y mejor preparadas para tan sublime misión.

Si elevado fue el sentido del deber de aquellos romanos, igualmente fue grande su espíritu ciudadano, cristalizados ambos en la

«idea del poder» que siempre sustentó Roma. Esta nación, con una grandeza aún escondida ante el futuro pasó sucesivamente de ser un país pequeño, intrépido y esforzado que acababa de establecerse en Italia, a dominar los destinos del mundo. Primero se enfrenta con los galos cisalpinos del valle del Po, aguerridos colonizadores procedentes de invasiones que databan de 180 años antes. Al principio son sometidos siguiendo procedimientos forzosamente rigurosos, para después terminar captándoles ante la buena administración y justicia romana, que consigue transformarlos en excelentes ciudadanos.

La expansión de Roma a través de Italia y siempre fundamentándola en la «idea del poder», ofreció, pues, una serie de factores favorables, que, indudablemente, tuvieron influencia decisiva en sus éxitos sobre Cartago, pese al genio militar del caudillo Aníbal Barca.

Repartidos por todos los ámbitos del territorio italiano se formaron colonias de ciudadanos romanos, que constituyeron las adecuadas y convenientes válvulas de seguridad para los serios problemas demográficos que el recinto de las siete colinas de la Ciudad Eterna padecía. Admirables guarniciones cívico-militares ubicadas en un azaroso suelo extranjero, dice un tratadista contemporáneo. Estas «coloniis» retuvieron íntegramente sus ciudadanía romana.

Otras naciones, ciertamente previsoras, reconociendo a tiempo lo inevitable se aliaron con Roma, siendo muy bien recibidos dentro de la «Confederación» de ciudades italianas. Ciertamente, que también existieron pueblos y tribus más indómitos —los etruscos y los samitas— que se resistieron a tomar actitud semejante, aunque fatalmente terminaron por ser sometidos.

Aunque aún es discutida la idea, si tan sólo fue debido al genio gobernador de Roma el motivo del sometiendo de las tribus y pueblos conquistados por sus legiones, o, por el contrario, también tuvo una influencia decisiva otras causas menos honorables y pacíficas, la realidad es que, cualquiera que hubieran sido los procedimientos y razones de que se valieron los romanos, es hecho probado por la Historia, que durante los años cruciales de la invasión cartaginesa sobre Italia, las huestes de Aníbal se encontraron ante una verdadera Confederación de pueblos, que casi en su totalidad permanecieron fieles a sus aliados, dando como resultado político-militar la total desarticulación de los planes estratégicos que tenía Cartago para su nueva campaña púnica, al hacer imposible la

explotación estratégica después de la brillante batalla de Cannas. Así, pues, el «poder de la idea» detentado por Cartago vencedor tácticamente en la acción de Cannas, sin duda por disponer de un caudillo de la talla de Aníbal, se mostró totalmente inoperante ante la «idea del poder» de Roma, de mayor alcance político militar, y por tanto estratégico.

CARTAGO

A. Aspecto militar.

Herederá de Creta en el dominio del Mediterráneo, a través de los fenicios de Sidón y Tiro, durante los siglos IV y III antes de Jesucristo, Cartago gozaba de una gran prosperidad y de inmensas riquezas:

Aunque no codificó este Estado los principios militares de Potencia marítima, sí los practicó muy acertadamente y al estilo que muchos siglos después fueron definidos por el Almirante Mahan (1). Así, pues, los cartagineses dueños y señores del litoral africano desde Cirene, en Libia, hasta las grandiosas columnas de Hércules, más allá de las cuales se agitaba el tormentoso y desconocido océano —desconocido para todos menos para Cartago—, constituían un pueblo marinero de extraordinaria potencia militar.

Sin embargo, la patria de Aníbal Barca, cual ocurre a todos los colosos, tenía su tendón de Aquiles, cuya vulnerabilidad le había de conducir fatalmente a la ruina, pese al genio de sus Capitanes y a su poderío terrestre-naval. El poder, cuando tan sólo se fundamenta en la fuerza del brazo, sin hacer intervenir la virtud y la sabiduría previsoras y orgánicas que con anticipación al choque de las armas no haya sembrado una política acertada que sirva de atracción ante los pueblos oprimidos o descontentos, fácilmente se transforma en dictadura y, por tanto, en debilidad.

El ejército cartaginés se componía de africanos, españoles y galos. Su infantería se dividía en dos clases: *ligera* y *pesada*. La infantería ligera, se componía exclusivamente de españoles: los honderos baleares eran los que, extendidos en guerrillas, cubrían los movimientos de las masas, e iniciaban siempre el combate. La in-

(1) De nacionalidad norteamericana, autor en el siglo XIX de un tratado de estrategia, denominado «La influencia de la potencia marítima en la Historia».



Cultura cartaginesa. Estatuilla de tierra cocida, encontrada en la necrópolis de Puig de Molins (Ibiza). Arte helenizante.



Cultura cartaginesa. Arriba, figuritas de barro, representando ídolos, muy propias del tosco arte cartaginés. Abajo, dos ánforas, que denotan una clara influencia fenicia.



fanteria pesada constaba de soldados de distintas naciones. Entre ellos figuraban los africanos, los españoles, los galos y otros. De estas tropas, por su experiencia y bravura, los que más confianza inspiraban al caudillo Aníbal, eran los españoles y los africanos, como visiblemente lo demuestra el puesto que normalmente se les asignaba en la batalla.

Los cartagineses no dejaban de tener conocimientos en el Arte de la guerra; eran, sin duda, los que más adelantos habían conseguido en este ramo. Las armas ofensivas de las huestes de Aníbal consistían en la espada y la lanza, y las defensivas, se reducían a un escudo de madera de grandes dimensiones.

La Caballería cartaginesa podía ser considerada como sobresaliente; por algo sus componentes —españoles y africanos— procedían de países que siempre tuvieron gran amor por el caballo.

B. *La Táctica.*

Aníbal formaba comúnmente su ejército en una sola línea, delante de la cual ponía sus elefantes; pero dotado de singular habilidad, tanto para sacar partido de los accidentes del terreno como para combinar los elementos de que constaba su ejército, variaba, según las circunstancias, tal orden de batalla.

C. *El Caudillo.*

Las campañas de este ilustre guerrero forman época en la Historia del Arte Militar, dice Villamartin.

Aníbal fué el más acabado tipo del General de todos los tiempos, tanto por su hábil política como por su profunda y nueva estrategia e irresistible táctica; su genio ha descollado por encima de todos, porque sus victorias fueron producto de la ciencia. Hijo de la desgracia, era su estrella el sino funesto de Cartago, que precipitaba su ocaso sobre un montón de escombros calcinados y de ruinas bañadas en sangre. Tal colosal Caudillo sucumbió a su destino, que ya había grabado en una misma página, la muerte política del pueblo cartaginés, la derrota del maestro de la guerra y el triunfo de una nueva y débil civilización, sobre la hasta entonces poderosa de África.

Aún a través de los veintiún siglos que de él nos separan, la figura de Aníbal Barca, el azote de Roma, tiene una aureola de romance viril y enigmático. Sólo lo conocemos a través de sus ene-

migos, por lo que tal conocimiento no puede ser muy a fondo. Tan sólo sabemos un bosquejo de sus hazañas, que militarmente consideradas no siguen una norma estable, cosa no de extrañar, ya que la estabilidad es virtud que no siempre se encuentra en los genios. Quizá fuera más justo decir que sus actos no fueron inconsistentes en su norma, sino que encerraron una notoria inconsistencia, un error fatal en juicio que fué igualmente fatal a su causa, a su pueblo y, eventualmente, a su vida. Tal error no fué táctico sino estratégico.

En Aníbal, el odio de todos los pueblos a Roma se hizo hombre. La voz de su patria, la voz del mundo y las aflicciones de familia —dice Villamartín— le impulsaron. Niño aún, juró su odio como se jura un culto, y todo su ser moral se tradujo en esta frase: «¡Guerra a los romanos!». Así, al heredar el mando supremo cartaginés en España, de su cuñado Asdrúbal, en el año 221 antes de Jesucristo, deliberadamente provoca la Segunda Guerra Púnica, atacando y ocupando Sagunto, ciudad aliada de Roma. Cruza más tarde los Pirineos y atravesando la Galia Septentrional, bate en la región del Ródano a un ejército romano enviado para interceptarle, y salva los Alpes, irrumpiendo sobre el valle del Po en el año 218. Tal acto, posiblemente, constituyó uno de los errores más graves que puede cometer un General responsable, ya que se aislaba de sus bases de abastecimientos, sin perspectivas de recibir ayuda adecuada.

Cierto que otro gran Caudillo, Alejandro, había hecho exactamente lo mismo y que le salió bien; pero también es real que las circunstancias político-militares no eran exactamente las mismas y, por tanto, en el caso de Aníbal el aspecto estratégico quedó malparado.

Alejandro, con sus 40.000 macedonios, invadió, ciento treinta años antes, a un imperio formado por elementos heterogéneos, de gran diferencia en lenguaje, antecedentes étnicos y costumbres, sin que existiera entre ellos fervor patriótico o nacionalismo vigoroso de clase alguna. Los ejércitos de Darío fueron tropas asalariadas, a las que tenía sin cuidado a quién debían alianza, ya que un nuevo dueño no iba a dar más alivio a su pobreza y tiranía que el que tenían. Por contra, Aníbal invadió un país unido por una Confederación de ciudades italianas, que se hallaba fortificado en los puntos estratégicos por colonias romanas —tales como Cremona y Plasen-

cia—, un país en el que como recompensa de las relaciones pacíficas, aún bajo la severidad romana, se estaba empezando a borrar el recuerdo de la conquista por las armas.

D. *Aspecto político.*

Las gentes de Cartago, como ya se dijo, a través de los fenicios de Sidón y Tiro, heredaron de Creta el dominio del *Mare Nostrum*. Ubicadas en las costas del continente africano, no lejos de la región del actual Túnez, durante los siglos IV y III antes de Jesucristo, Cartago se nos presenta en tal época como una ciudad próspera e inmensamente rica.

De la isla de Tire, los cartagineses recibieron el secreto de las minas de plomo de Cornwall. De tal isla el Almirante Almircar, de la poderosa familia de los Barca, zarpó al mando de sus grandes galeras de guerra hacia el Sur, para alcanzar las regiones de Dakar y Sierra Leona. Igualmente, por aquellos tiempos las naves cartaginesas patrullaron a lo largo del Estrecho de Gibraltar, haciéndose dueños en absoluto del tráfico marítimo del Mediterráneo occidental. Según versión digna de crédito, tan sólo fué burlada dicha vigilancia una vez, debiendo apuntarse tal éxito en el haber del astuto navegante marsellés Pietas, que consiguió circunnavegar las Islas Británicas, llegando incluso a contemplar con asombro a Islandia.

La Historia define a Cartago como una ciudad orgullosa, insaciable en el comercio y ambiciosa en demasía. Aunque la poderosa familia de los Barca, seculares señores de tal belicoso pueblo, regían el destino de dicha ciudad con gran habilidad, al parecer su gobierno siempre estuvo plagado de rencillas entre las más importantes familias plutocráticas, sin que las gentes más modestas, los escalones sociales más bajos, gozaran de derecho alguno.

Apoyados los gobernantes en un ejército de mercenarios mantenían unas extensas posesiones coloniales, que eran explotadas hasta la extenuación para el solo beneficio del Estado cartaginés, sin que al pueblo llegara parte alguna de tan ricas colonias.

En síntesis, el «poder de la idea», mantenido por Cartago a base de una organización militar, totalmente nutrida con mercenarios y no utilizando sus grandes zonas coloniales como lugares adecuados para extender su cultura, sino tan sólo para ser objeto de rapiñas y desmedida explotación, carecía de ese poder impalpable, pero cier-

to, que se llama espíritu. Cartago pudo ser la espada mediterránea capaz de herir a aquellos que se le oponían, pero jamás se presentó como una organización culta, moral y operante, apta para convencer por medio de sus virtudes al enemigo vencido. El «poder de la idea», cuyo principal y probablemente único argumento era el brillo de la espada, fatalmente tenía que doblegarse, antes o después, ante otra teoría totalmente opuesta: «la idea del poder» con la que se presentó Roma ante los pueblos mediterráneos, y cuyo fundamento se basaba en la fuerza incontenible del espíritu y la justicia.

IV.—LA BATALLA DE CANNAS

ANTECEDENTES

Las huestes cartaginesas, como ya se indicó en páginas anteriores, después de salvar los Pirineos y cruzar la Galia septentrional, irrumpen sobre el valle del Po, en donde se enfrentan, en Trebia, con las tropas romanas, a las que baten y destruyen. Un año después, esto es, en el 217 antes de Jesucristo, vuelven a combatir con el romano en la zona del lago Trasimeno, saliendo victoriosas. Continúa su avance Aníbal por tierras de Italia, esta vez girando hacia el Sur, consiguiendo ocupar la base romana de abastecimientos de Cannas, en donde, sobre una colina próxima al río Aufido, concentra a sus tropas y organiza un campamento fortificado.

Mientras tanto, el entonces Cónsul romano Emilio Paulo, discípulo de Fabio Cunctator, llamado «el ContempORIZADOR», oponiéndose con un ejército a Aníbal, evita toda batalla campal, buscando la victoria, aunque a largo plazo, por medio de acciones de desgaste.

Otro de los Cónsules de Roma, Terencio Varrón, que según opinión de algunos tratadistas militares gozaba de pocas dotes militares, aunque sí, al parecer, de gran temperamento, ansioso de probar su acero contra el poderío de Aníbal, sale en su busca y se enfrenta a él confiando en la victoria, por considerarse superior numéricamente, ya que al parecer la proporción existente en tales momentos era la de dos a uno.

L A B A T A L L A

Si alguna de las batallas en la antigüedad es digna de estudio, no tan sólo por sus resultados, sino también porque su idea directriz sigue imperecedera y es modelo de dirección y ejecución, tal acción es sin duda la que ahora se comenta.

El choque tuvo lugar en las llanuras de Apulica, enfrentándose el Ejército cartaginés, fuerte en unos 50.000 hombres, con otro romano superior en efectivos (según historiadores su cifra alcanzaba la de 80.000 legionarios). Los resultados prácticos de tan formidable batalla fueron la casi destrucción de las huestes del Cónsul Terencio Varrón y la muerte de dos de sus más brillantes capitanes: Aemilius Paulus y Servilius; al bando de Aníbal le costó su victoria unas 6.000 bajas. He aquí un buen ejemplo de cómo los menos numerosos pueden vencer a los más fuertes, cuando la inteligencia ilumina la mente del Caudillo, y el estudio y la meditación presiden sus actos.

Seguidamente se hace un ligero bosquejo del desarrollo de dicha acción. Aun a expensas de que nuestras expresiones militares modernas aparezcan un tanto inadecuadas al escribir una batalla ocurrida hace más de dos milenios, para mejor analizarla hemos empleado un lenguaje que sin duda ha de resultar de mayor comprensión para el militar del siglo XIX.

P L A N T E A M I E N T O

*Ejército romano*I.—*Misión.*

— Batir al enemigo y expulsarlo al mar.

II.—*Idea de la maniobra.*

— Romper por su centro el despliegue defensivo cartaginés y penetrar en cuña.

Esto es, el Mando romano, siguiendo la tradicional costumbre de la época, orientó su acción hacia el golpe de «martillo», totalmente ayuno de cualquier bosquejo de maniobra.

III.—*Los medios.*

- 57.600 legionarios de infantería pesadamente armados;
- 15.400 legionarios de infantería más ligeramente armados; y
- 6.000 jinetes.

IV.—*El terreno*

La llanura de Apulia es un terreno bajo, muy ligeramente ondulado, que desciende paulatinamente hacia el Adriático y que al ascender hacia Campania y Basilicate se presenta cada vez más accidentado.

Terreno muy apto para acciones de Caballería.

Ejército cartaginés

I.—*Misión.*

- Defender la importante base de abastecimientos de Cannas.

II. *Idea de maniobra.*

- Mantener un frente defensivo elástico capaz de resistir el ataque inicial romano.
- Maniobrar por los flancos del dispositivo enemigo con idea de envolvimiento.
- Conseguido el envolvimiento, destruir al ejército de Roma.

Como puede verse, tal magnífica lección táctica de Aníbal, fundamentada en la audaz maniobra, la fluidez y la movilidad para conseguir superioridad de medios en el punto decisivo, adolece de una falta de extraordinaria importancia al no haber previsto, o al menos no haber desencadenado, la «explotación del éxito» en toda su amplitud, esto es, en el campo estratégico. Ya Maharbal, jefe númera, después de la batalla, dijo a Aníbal: «Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria» (2).

(2) TITO LIVIO: *Scis vincere, Annibal, sel uti victoria nescis.*

III.—*Los medios.*

- 20.000 guerreros iberos y galos ligeramente armados ;
- 12.000 cartagineses que constituían la Guardia de Aníbal ;
- 8.000 infantes ligeramente armados ; y
- 10.000 jinetes númidas y cartagineses.

IV.—*Dispositivo.*

- Un frente defensivo articulado en doce líneas de 2.000 hombres de frente.
- A ambos flancos las tropas de Caballería de Asdrúbal y la numídica por partes iguales, apoyados por los 12.000 guerreros de la Guardia de Aníbal.

Por haberse adelantado el romano en llegar al campo de batalla, Aníbal se vió obligado a situarse peligrosamente con su espalda al mar

DESARROLLO DE LA ACCIÓN

En tres partes puede dividirse ésta :

- 1.^a Lucha de las Caballerías en busca del contacto y del desbordamiento por los flancos.
- 2.^a Ataque frontal romano.
- 3.^a Envolvimiento del Ejército romano y su casi total destrucción.

Primera fase.

Al enterarse los romanos, por medio de los exploradores, que las tropas de élite de Aníbal se encontraban a retaguardia de su Ejército, piensan que el cartaginés trataría de rehuir un combate a fondo. La acción se inicia por parte de los romanos bajo los mejores auspicios. Se produce el choque de Infanterías, manifestándose la cartaginesa lo suficientemente fuerte para contener y evitar la ruptura, si bien retrocede de modo elástico por su centro. La rígida línea defensiva se flexiona, pero no se rompe y, mientras tanto, la Caballería de Asdrúbal, situada al flanco izquierdo del dis-

positivo de Cartago, entra en acción y derrota a la Caballería legionaria, arrojándola contra el río Aufido, donde se consuma su total destrucción.

Tras este primer éxito parcial, los jinetes cartagineses se sitúan a la espalda de la Caballería romana, desplegada en el ala izquierda del ejército de Varrón.

Segunda fase

Mientras la lucha de ambas Caballerías continúa y que fatalmente traería la destrucción de las tropas montadas legionarias, las huestes de Roma, aún fuertes y numerosas, prosiguen su avance por el centro del despliegue cartaginés, progresión ésta facilitada por la defensiva elástica de Aníbal. Pero tal fácil avance traería fatales consecuencias al romano, ya que una vez destruída su Caballería, la Guardia de Aníbal comienza a intervenir por ambos flancos en apoyo de la Caballería de Cartago, y la tenaza precursora del envolvimiento toma ya una clara realidad al cerrarse.

Tercera fase.

Poco puede decirse en dicha fase, ya que con el fin de la segunda, la batalla podía considerarse prácticamente terminada en beneficio de Aníbal. Pero mucho en cambio se hubiera podido consignar, si Aníbal, cometiendo el error estratégico más imperdonable de un Caudillo, en lugar de conformarse con ir a buscar sus cuarteles de invierno en Capua, hubiera desencadenado la indispensable explotación del éxito, lanzando sus huestes hacia Roma. El grito de los romanos atemorizados de «¡Hannibal ad portas...!» hubiera sido realidad y tal vez la historia mediterránea hubiera seguido otros derroteros.

V.—EL DESPERTAR DE UN SUEÑO

Cannas constituye el clímax del período y la gloria de Cartago. Para Aníbal dicha batalla debió suponer un brusco despertar al enorme error estratégico no sólo cometido en Cannas, sino incluso en su invasión de Italia. Para un General de la probada capacidad del cartaginés, no podía haber mayor derrota que una victoria tan falta de consecuencias. La batalla de Cannas constituyó para Roma el principio de su grandeza; ciertamente de un esplendor no tan sólo pro-

ducto del error estratégico cartaginés, sino fundamentado desde mucho antes en la estoica devoción al deber de los romanos, su firme amor patrio, su gran integridad y su excelente administración.

Es difícil describir la situación de Roma con motivo de Cannas. Durante más de un mes un terror epidémico se extendió por la ciudad, y las defecciones casi continuas, aunque no importantes, parecían justificar la fantástica acción de Aníbal.

Algunas de las más antiguas colonias griegas en la Italia Meridional —Metaponto, Crotona y Locri, con las tribus de samnitas, lucanos, etc.—, se unieron al cartaginés en Capua. Allende el mar, Filippo V de Macedonia se aliaba con Aníbal y declaraba la guerra a Roma.

Aún el pusilámne gobierno de Cartago, estimando la victoria de Cannas de mayores alcances, se apresura a enviar a su Ejército algunos refuerzos y suministros. En fin, hasta los mismos romanos, sin duda por estar aterrados, sobreestiman las consecuencias de la victoria táctica, aunque no estratégica, hasta que otro guerrero de talla, un Escipión, superviviente de Cannas, consigue avergonzarlos primero y después animarlos.

VI.—LA OFENSIVA DE ROMA

Tranquilizados los espíritus, establecido el servicio obligatorio, robustecidas las armas del Estado y reorganizadas las legiones romanas, cinco años después de Cannas, Roma inicia seriamente su ofensiva general no sólo contra el campo italiano de Aníbal, sino contra España, en donde Asdrúbal preparaba un fuerte envío de refuerzos a su hermano Aníbal. Tal ofensiva, que duró hasta el año 203 antes de Jesucristo, tuvo feliz término en la batalla de Lama, cerca de Cartago, en la que los cartagineses sufren la derrota final.

VII.—LA PAX ROMANA

Firmada la paz con Cartago, exilado Aníbal, que vagó durante varios años de Corte en Corte, ayudando a las enemigos de Roma, en particular al Rey Antíoco III el Grande, hasta su muerte por suicidio en la ciudad de Bitinia; conseguida la destrucción de Corinto, en Grecia, y subyugadas otras naciones que no aceptaban la

regencia de Roma, se inicia la Pax Romana, que debía perdurar cerca de tres siglos.

Mediante su sistema de gobernar los territorios ocupados e inculcar la filosofía estoica y la devoción al Estado, Roma pronto consiguió disponer de un número suficiente de administradores, funcionarios, diplomáticos y gobernadores expertos para dirigir las poblaciones a ella sometidas.

Las legiones romanas, además de contar con aguerridos guerreros, se acreditan como excelentes zapadores; detrás de sus movimientos militares fueron dejando excelentes vías de comunicación, puentes, viaductos, acueductos, etc., sobre los distintos países.

La moneda romana se extiende a través del Mediterráneo, desbanca al dinero desacreditado y abre así el camino a la banca y al crédito de Roma en beneficio de la industria y de la agricultura. Poco a poco se desarrolla una sociedad integrada por vencedores y vencidos, y paulatinamente el ecúmene fué unido, brutalmente al principio y con magnanimidad después, consiguiéndose una armónica y bien regida sociedad que da realce a la ciudadanía romana.

Esta Pax Romana perduró cerca de trescientos años, y desde entonces el mundo no ha vuelto a ver nada igual, ni tampoco puede esperarse una paz mundial mientras que la civilización pacífica y naturalmente cristiana, no estreche definitivamente sus lazos para mantener la ley ante cualquier país violador que, por sentirse fuerte materialmente, se embarque en la difícil aventura de conquistar el mundo. Varios Caudillos (Napoleón, Hitler, etc.), sobreestimando el concepto del «poder de la idea», corrieron tal aventura y salieron derrotados ante el valladar vigoroso, cierto y eterno de la «idea del poder». A los pueblos temporalmente se les puede dominar con el estruendo de las armas, pero para captarlos, convencerlos y regirlos, se precisa algo más: ¡La fuerza del Espíritu! ¡La Fe en lo eterno!

